

La perfección de la esfera: Consideraciones sobre Miguel Cabello Valboa (ca. 1536-ca.1606) y la imaginación cosmográfica

A Spherical Perfection: Insights into Miguel Cabello Valboa (ca. 1536-ca.1606) and Cosmographic Imagination

Kurmi Soto Velasco

Universidad Complutense de Madrid

ksoto01@ucm.es

<https://orcid.org/0000-0002-7289-7991>

Fecha de presentación: 31 de agosto de 2024

Fecha de aceptación: 21 de octubre de 2024

Resumen

Este artículo explora algunas líneas temáticas de la *Miscelánea antártica* de Miguel Cabello Valboa, redactada entre 1576 y 1586. Se centra en la adaptación de algunos tópicos clásicos a la realidad americana y en las relecturas bíblicas efectuadas por el autor para explicar el origen de los pobladores del Nuevo Continente. Asimismo, analiza la constitución de una cosmografía como método de comprensión y análisis de los territorios que habían sido descubiertos hacía pocas décadas. Así, Miguel Cabello Valboa condensa el conocimiento renacentista para explicar sus vivencias en las Indias occidentales y para insertarlas dentro de una his-

toría universal que considere a estos habitantes como parte de una misma humanidad.

Palabras clave

Cosmografía, historia, Nuevo Mundo, tradición clásica, Renacimiento.

Abstract

This article explores some thematic lines of Miguel Cabello Valboa's *Miscelánea antártica*, written between 1576 and 1586. It focuses on the adaptation of classical topics to the American reality and on the biblical reinterpretations made by the author to explain the origin of the inhabitants of the New World. Additionally, it analyzes the establishment of cosmography as a method for understanding and analyzing the territories that had been discovered a few decades earlier. Thus, Miguel Cabello Valboa synthesizes Renaissance knowledge to explain his experiences in the West Indies and to place them within a universal history that considers these inhabitants as part of the same humanity.

Keywords

Cosmography, history-New World, classical tradition, Renaissance.

*Mucha grandeza de un mundo
a nosotros desconocido*
Miguel Cabello Valboa,
Miscelánea antártica
(1576-1586)

peruana del orden de los ermitaños de San Agustín saldría a la luz en la imprenta limeña de Julián Santos de Saldaña un poco después, en 1657.

Introducción

En 1654, fray Antonio de La Calancha moría en la Ciudad de los Reyes (Lima) sin concluir el segundo tomo de su voluminosa *Corónica moralizada del Orden de San Agustín en el Perú*, cuya primera parte se había publicado con gran éxito en Barcelona el año 1638. Sin embargo, su discípulo, Bernardo de Torres, no tardaría en tomar el relevo y la *Crónica de la provincia*

Entre la inmensa cantidad de biografías de hombres célebres de la región que ahí se presentaban, sobresalía la de Miguel Cabello Valboa, cura secular originario de Archidona, del que nos quedan escasos datos, muchos de los cuales nos han llegado gracias al propio Torres.¹ En el décimo capítulo

¹ Opto por esta grafía para el nombre del autor porque así aparece en sus manuscritos autógrafos, sobre todo en una carta destinada al rey de España, fechada el 1 de febrero de 1578. Así también, en la portada de uno

del segundo libro, el autor explicaba la llegada de este personaje a la provincia de Charcas (en la actual Bolivia) y su importancia estratégica como mediador cultural frente a poblaciones rebeldes a la conquista (vgr. los chunchos), un rasgo que volvería con frecuencia a lo largo de sus aventuras, sobre todo durante su intervención en Esmeraldas en la Audiencia de Quito (1581).² Luego de esta empresa, se instaló en Camata (Larecaja, La Paz), donde permaneció hasta el final de sus días, con el fin de evangelizar a los lecos y a los aguachiles (Torres, 1657, p. 287).³

Sin embargo, Cabello no solo fue un agente importante de la implantación española, sino también un letrado y un

humanista de primer orden, poseedor de una impresionante cultura clásica. Viajero incansable (un verdadero “baqueano”, diría Paul Firbas), dedicó todos sus afanes para entender intelectualmente el descubrimiento de este nuevo continente e insertarlo dentro de la tradición clásica y judeocristiana. Su obra más importante, la *Miscelánea antártica*, pretendía ser una suerte de demostración científica y teológica de la presencia de América en los textos antiguos. Durante mucho tiempo, permaneció inédita y las primeras noticias de este curioso texto aparecieron a finales del siglo XIX, gracias al trabajo de Henri Ternaux-Compans, quien publicó un fragmento de su traducción al francés, como parte de la colección de *Voyages, relations et mémoires originaux pour servir à l'histoire de la découverte de l'Amérique en 1840* (Rose, 2001). Indudablemente, las constantes digresiones del cura incomodaron a Ternaux-Compans, como también incomodarían a Raúl Porras Barrenechea (1940), que llegaría a hablar del “peso muerto de la erudición”. Para ambos, los dos primeros libros y una buena parte del tercero eran absolutamente prescindibles y el lector contemporáneo bien podría pasar de ellos. Así, en sus primeras ediciones, hasta el título fue cambiado para dar lugar a una “Historia del Perú antiguo”, dejando de lado toda la demostración con la que Cabello

de los originales de la *Miscelánea antártica* (Figura 1). Este mismo criterio es aplicado por estudiosos como Paul Firbas (2013) para establecer una fijación gráfica.

- 2 Esta “entrada” a la tierra de los chunchos fue objeto de un informe sobre los límites del imperio español en el virreinato de Perú. A pesar de su importancia, la expedición no ha sido estudiada, con excepción del trabajo de Paul Firbas (2013) y de referencias ocasionales en algunos autores (por ejemplo, en Eichmann, 2015, p. 195).
- 3 Bernardo de Torres insiste en el gran aprecio y afecto que le tenían estos “indios rescatados” (es decir, reducidos), quienes, cada tanto, le ofrecían regalos y se mostraban muy interesados en el cristianismo. A pesar de algunos malentendidos, esta relación le permitió entrar hasta más allá de Ambaná y entrevistarse con los caciques locales los años 1594-1595 (Saignes, 2014, cuadro 3).

buscaba probar que los habitantes de este rincón del mundo eran herederos directos de la cristiandad.

Aunque sus primeros editores vieron con malos ojos este proceder, no quedaba duda de que la operación que estaba realizando el autor estaba imbuida por un espíritu renacentista y alimentada por un conocimiento filosófico y bíblico indiscutible. Por ende, es necesario explorar esta herencia clásica y su interacción con la nueva realidad a la que Cabello se enfrentaba durante los años de redacción de su *Miscelánea antártica*, es decir, entre 1576 y 1586. Este periodo de diez años estuvo atravesado por inmensos cambios, en particular, en la zona andina, a causa de las reformas toledanas.⁴ Entonces, el autor fue testigo privilegiado de una época de transición, en la que tanto Europa como América se estaban transformando.

Como el propio Luis E. Valcárcel lo reconoció en la introducción a una

de las primeras ediciones completas,⁵ este texto era un: “intento de interpretación y un caudal de ideas tan valioso que refleja[ba] el pensamiento de toda una época” (1951, p. IX). En efecto, en la vastedad de su obra, Miguel Cabello Valboa tenía la firme intención de analizar la historia de la humanidad, insertando su conocimiento americano dentro de la larga tradición occidental. Su manuscrito, que circuló como una joya rara y que logró sobrevivir los siglos, se quería un complejo alegato a favor del Nuevo Mundo. Entendiendo la ambición de su autor, este trabajo solo se centra en algunos de los aspectos más relevantes de un gran programa intelectual que está lejos de haber sido estudiado a cabalidad. Teniendo en cuenta esas limitaciones, las siguientes líneas se dividen en tres partes. La primera analiza el título y sus implicaciones simbólicas. La segunda se centra brevemente en el contenido bíblico que sirve de fundamento para la reflexión del archidonés. Y, por último, la tercera se enfoca en las fuentes clásicas para la elaboración de una nueva cosmografía.

4 Entre 1569 y 1581, el virrey Francisco de Toledo impuso una serie de reformas con el objetivo de sistematizar la labor indígena y el cobro de tributos, además de aumentar el control del espacio mediante las reducciones. Esto también supuso la creación de un discurso histórico en torno a las genealogías incaicas que se oficializaría y perduraría a lo largo de la época colonial. De ahí la diferencia entre cronistas pretoledanos y postoledanos.

5 De hecho, la primera fue aquella publicada en Ecuador por el coleccionista Jacinto Jijón y Caamaño (Cabello Valboa, 1945), que se encontraba en competencia frontal con Valcárcel (1951, p. XII).

1. Una miscelánea americana: Viejas formas para nuevos contextos

El término de “miscelánea” remite a un corpus textual que gozó de cierto reconocimiento en la Antigüedad griega y que fue recuperado con rapidez durante el Renacimiento. El género se encontraba vinculado a textos como *Las noches áticas* de Aulo Gelio (ca. 160 d. C.), que más tarde serían febrilmente reeditados durante el siglo XVI en España y circularían, aunque en menor medida, en América, como lo prueba la presencia de algunas misceláneas dedicadas a la astronomía en bibliotecas tan importantes como la del Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario en Nueva Granada (García, 2015, p. 37).⁶

Estos libros, cuya función era proveer a su dueño de las citas que precisara, se presentaban como artefactos que daban la ilusión de un vasto conocimiento. Sensibles a su funcionamiento, los letrados renacentistas hicieron de esta una herramienta fundamental que servía de base a sus propias obras. De esta manera,

comenzaron a publicarse escritos que seguían este mismo principio, actualizándolo al siglo XVI. Dos casos paradigmáticos y que nos interesan particularmente son la *Silva de varia lección* (1540/1989) de Pedro Mexía y el *Jardín de flores curiosas* (1573) de Antonio de Torquemada, puesto que Miguel Cabello los empleó en abundancia para la elaboración de su obra, así como muchos de sus contemporáneos.⁷ Más aún, el texto de Mexía era “el primer texto misceláneo modelado sobre los clásicos del mundo antiguo pero escrito en lengua moderna” (Lerner, 2010, p. 140).

Siguiendo la tradición grecorromana, según la cual el conocimiento se podía comparar con un jardín de plantas aromáticas, las misceláneas (“conjunto de escritos varios”) heredaban su estructura libre de las poliantes, un término que etimológicamente significaba “muchas flores”. Bajo esta óptica, Mexía comenzaba su *Silva* advirtiéndole que todo lo que ahí escribía era: “tomado de muy grandes y aprobados autores, como el que corta planta de muy buenos árboles para su huerta y jardín” (1540/1989, p. 159). Este texto, considerado como uno de los más importantes de su tiempo,

6 Sin embargo, cabe resaltar que *Las noches áticas* no circularían en castellano hasta el siglo XIX, y que fueron las ediciones francesas las que sirvieron de soporte. Aun así, no hay sombra de duda sobre su influencia en las letras españolas del Siglo de Oro, como lo ha probado Francisco García Jurado (2012).

7 Ambas se encuentran fuertemente interconectadas a tal punto que Mexía aparece en el *Jardín de flores curiosas* de Torquemada en más de una ocasión (Lerner, 2005, p. 18).

tuvo un notable impacto en numerosos hombres que cruzaron el océano con dirección a las Indias occidentales. Por eso, no es de sorprender que un Gonzalo Fernández de Oviedo no solo hubiera mano de ella, sino que se haya inspirado directamente en ella para la estructura de su *Historia general y natural* (Lerner, 2003, p. 218), como también lo hiciera nuestro autor.

Según lo ha demostrado Isaías Lerner (2003, 2005, 2010), la elección del cura de Camata correspondía perfectamente con su necesidad de plasmar las grandezas de un continente desconocido. Al remitirse a un contenido misceláneo, se dotaba también de la libertad que precisaba, al mismo tiempo que hacía énfasis en el despliegue de erudición que pretendía acometer. Efectivamente, para el título de esta obra, la selección de dos cultismos poco usados en la época no era sino un reflejo de esa voluntad de reactualizar viejas formas para nuevos contextos. Es más, lo antártico aludía indefectiblemente a ese lejano mundo que Aristóteles había configurado en sus textos meteorológicos (350 a. C.). En esos tratados, el Estagirita propondría una imagen del mundo que se extendería a través del tiempo y que serviría de base para la cosmografía iniciada por Ptolomeo al rayar el siglo I d. C., estableciendo una serie

de convenciones ligadas a la redondez de la tierra, a la evaporación del agua como forma de generación de vida y a la existencia de cuatro elementos constitutivos de la materia (bien que muchas de estas nociones son anteriores a este filósofo).

Estas hipótesis fueron retomadas durante el auge de la cosmografía moderna, alimentada por los descubrimientos realizados en América. Con el surgimiento del nuevo continente en el imaginario europeo, lo “antártico” se transformaba en una realidad que debía ser plasmada en la cartografía, puesto que los términos aristotélicos se convirtieron en líneas fundamentales para las proyecciones en mapas. La *terra incognita australis* comenzó a figurar cada vez más en las representaciones del mundo, combinando su nombre con el de “*circulus antarcticus*”, “*polus mundi antarcticus*” o, incluso, “antártico gozne”, como lo llamó el cosmógrafo del rey de Francia, André Thévet (Lestringant, 1997).

Paul Firbas ha analizado al detalle esta conexión con la geografía como disciplina emergente. En un artículo titulado *La geografía antártica y el nombre del Perú* (2004), se ha centrado en las connotaciones que podría tener un nombre tan vistoso como la *Miscelánea antártica*. A más de ser –probablemente– la primera

ocurrencia en castellano de la palabra “miscelánea”,⁸ su lejanía y exotismo quedaban señalados a través de su ubicación “antártica” dentro del globo terrestre. Entre 1586 y principios del siglo XVII, esta última palabra sirvió para bautizar varias obras que compartían un mismo horizonte cultural que, fueron escritas por autores que poseían inquietudes similares y que posiblemente estuvieron en contacto.

Durante este período, comenzaron a circular textos épicos como las *Armas antárticas* (¿1609?) de Juan de Miramontes Zuázola, poesía amorosa como la que integra la *Miscelánea austral* (1602) de Diego Dávalos y la primera parte del *Parnaso antártico* (1608) de Diego Mexía de Fernangil. Entre los paratextos de esta última se encontraba un largo poema anónimo conocido como el “Discurso en loor de la poesía” que ha permitido a los críticos entender toda esta producción como una unidad y formular la existencia de una Academia Antártica que habría reunido a lo más granado de la intelectualidad colonial. Aunque no existen pruebas fehacientes de

que estos personajes se conocieran y se frecuentaran,⁹ no cabe duda de que sus escritos presentan rasgos comunes en los que la erudición occidental comenzaba a convivir con el conocimiento americano.

En *Esquividad y gloria de la Academia Antártica* (1948), Alberto Tauro sentó las bases para su estudio, señalando la conexión entre personajes como Pedro de Oña, Juan Salcedo Villanbrando, Diego de Hojeda, Juan de Gálvez, Juan de la Portilla, Gaspar de Villarroel, Luis Pérez Ángel, Antonio Falcón, Diego de Aguilar y Córdoba, Cristóbal de Arriaga, Pedro de Carvajal, Duarte Fernández, Cristóbal Pérez Rincón, Francisco de Figueroa y Pedro de Montedoca, más allá de los tres autores ya mencionados y de, por supuesto, Miguel Cabello.¹⁰

8 Según el Corpus Diacrónico del Español (CORDE), la primera ocurrencia dataría de 1556 y se encontraría en el *Endecálogo contra “Antoniana Margarita”*. En el territorio americano, la *Miscelánea antártica* sería la primera ocurrencia registrada. Le agradezco a Tatiana Alvarado la precisión.

9 Luis Miguel Glave (2023) anota un encuentro entre Dávalos y Cabello en la ciudad de La Paz, antes de que este último se adentrara por los yungas “para buscar el camino al Paititi”.

10 Sus cualidades como poetas fueron elogiadas por Cervantes en el “Canto de Calíope”, que forma parte de la novela pastoril *La Galatea* (1582) y por Lope de Vega en *El laurel de Apolo* (1630) (Chang-Rodríguez, 1976, p. 85), aunque también incluían a autores novohispanos bajo la rúbrica de “antárticos”.

Figura 1
Portada del manuscrito original de la *Miscelánea antártica* (1586)



Esta comunidad intelectual se insertaba de lleno en un territorio novedoso y desconocido, que, además, había sido calificado por Aristóteles como inhabitable. Para el filósofo, las antípodas eran tierras en las que el hombre era incapaz de vivir (sobre todo, en las zonas tórridas cercanas a la línea del ecuador), pero cuya existencia se justificaba porque servían para equilibrar la masa terrestre. En los *Meteorológicos*, el filósofo concebía un mundo dividido en dos hemisferios: “De estos dos polos fijos, uno es siempre visible, al estar en la cima del eje en la región septentrional del Cielo, y es llamado polo ártico; el otro siempre está escondido debajo de la Tierra, en la región meridional, y es llamado polo antártico” (Aristóteles, 1998, p. 181, traducción propia).¹¹ Esta idea se transformaba en las siguientes palabras de Miguel Cabello: “Puso Dios un pedazo de mundo atravesado en su desmensurada redondez de norte a norte de tal asiento y apostura que con el un cabo mira al polo ártico y

con el otro, el antártico, ciñéndolo por medio aquella cinta tostada, por donde el sol siempre camina”.

Aquel espacio representaba lo desconocido por excelencia, pues, como subraya Firbas para el caso de las *Armas antárticas*:

Lo antártico trae al poema de Miramontes *las resonancias de un mundo antiguo ya imaginado por la cultura griega clásica* y al mismo tiempo se refiere al presente de la experiencia americana. Remite a la mirada de las cosmografías que reducen el mundo a una esfera portátil, a la posición del narrador desde las alturas, a la globalidad de un mundo disputado por los imperios del Renacimiento, a la armonía de los contrarios y el origen de la división del mundo en dos grandes bloques: el Norte y el Sur (2001, p. 22, énfasis propio).

Dicha perspectiva continuaría influenciando a los autores después de 1492, aunque también comenzaría a ser seriamente debatida. Por eso, José de Acosta iniciaba su *Historia natural y moral de las Indias* (1589) con una exposición en la que explicaba al lector el mundo aristotélico, al mismo tiempo que lo refutaba. Así también lo hacía Cabello al proclamar que Aristóteles, “con todas sus letras”, se había equivocado al sugerir que el mundo era *ab æterno* (1586/1951, p. 13).

11 Sin embargo, “es importante recordar que la idea de la inhabitabilidad de la zona tórrida, así como otras concepciones geográficas de la Antigüedad, no son propias de Aristóteles, sino que se remontan a la etapa presocrática; la idea de la imposibilidad de habitar la zona tórrida se le atribuye a Parménides de Elea (500 a.C.)” (Valenzuela Matus, 2018). Le agradezco al evaluador anónimo una referencia tan pertinente.

La obra de Cabello se insertaba de lleno en la querella entre antiguos y modernos. Aun así, esta operación era arriesgada, pues debemos recordar la innegable importancia que tenía el concepto de *auctoritas* en una época en la que la *innovatio* todavía era muy mal vista.¹² Esto también dificultaba las operaciones intelectuales que Cabello planteaba al tratar de armonizar su bagaje humanista con sus correrías americanas. Así, la imagen que él nos devolvía del mundo a finales del siglo XVI era la de una tierra donde convivían seres semi-fantásticos, pigmeos, ipupiaras tupís,¹³ hombres con cuerpo de oso

y mujeres guerreras (lib. III, cap. 2), junto con volcanes (lib. III, cap. 5) e inmensos mares, al mismo tiempo que aparecían referencias a nuevas posturas filosóficas y científicas que estaban dando paso a la Edad Moderna.¹⁴

Desde esa mirada, era imposible no recurrir, de tanto en tanto, al Estagirita, para elaborar una suerte de cuadrícula imaginaria que representara la geografía terrenal, que luego el autor iría complementando con los hechos históricos desde los comienzos de la humanidad. Para darle cuerpo a esta ambiciosa demostración,

12 Más aún, el término era todavía un neologismo poco difundido (Girard, 2018). Aun así, no hay que olvidar que, desde el segundo cuarto del siglo XVI, la crítica a la autoridad aristotélica se iba volviendo un lugar común, como lo prueba, por ejemplo, la publicación del *Sumario de la historia natural de las Indias*, de Gonzalo Fernández de Oviedo, en 1526. Le agradezco al evaluador anónimo esta precisión.

13 Esta evocación retoma una efigie medieval muy popular y la inserta dentro de un sistema de creencias local, lo que hace que la mención sea digna de tomarse en cuenta como parte de un proceso de transculturación. Cabello afirmaba su existencia siguiendo el testimonio de Pero de Magalhães Gândavo, quien decía haberlos visto con sus propios ojos el año 1564 en las costas del Brasil. La edición de su *História* (1576) venía acompañada con un dibujo del “demonio marino” que causó

gran impresión. Sin embargo, nuestro hombre no estaba dispuesto a creer todo lo que dijeron aquellos que llegaron antes que él y dedicó un capítulo específico “donde se disputa, y concluye con razones naturales si auido [*sic*] ó ay o puede aver en el mundo los monstros que los autores escriven” (Cabello Valboa, 1586/1951, p. 208).

14 Llama la atención, por ejemplo, la alusión a un mapa de Guillaume Postel absolutamente contemporáneo a la redacción del texto: “Yo [he] visto el mapa de Guillelmo Póstelo [*sic*], Deán de París, que salió a luz el año de 1580, donde haciendo demostración plana de las tierras y Mares de el Septentríon, manifiesta mucha grandeza de un mundo a nosotros oculto” (Cabello Valboa, 1586/1951, p. 29). En realidad, se refiere al mapa de proyección polar aparecido en 1578 y titulado *Polo aptata nova charta universi*. En él, se observaba el mundo desde el polo sur.

Cabello propuso varios mapas, de los cuales ninguno ha llegado a nuestros días. Conocemos su existencia y parte de su composición a través de sus propios textos y sabemos que acompañaron a la *Miscelánea antártica* y al manuscrito de 1596 titulado *Orden y traza para descubrir y poblar la tierra de los chunchos*. Por lo tanto, lo “antártico” también hacía referencia a un contexto geopolítico delicado, en plena expansión de las fronteras imperiales.

2. El continente ofírico: Relecturas bíblicas para pueblos desconocidos

Sobre la versión de la *Miscelánea antártica* que ha llegado hasta la actualidad se cierne una inquietante sombra: La ausencia de un plano que Miguel Cabello Valboa decía haber adjuntado. Según él, el libro debería venir con un mapa inspirado en la Biblia políglota de Amberes y principalmente en el tratado de Benito Arias Montano sobre el origen ofírita de los habitantes del Nuevo Mundo llamado: *Phaleg sive de gentium sedibus primis, orbisque terræ situ, liber* (“Libro sobre los primeros asentamientos de las tribus y su lugar en el orbe de la tierra”), publicado en 1572 (Figura 2). A pesar de no compartir plenamente las teorías de Arias Montano, nuestro autor

mencionaba, más de una vez, su deuda hacia este: “aventajado especulador de antigüedades hebreas” (1586/1951. P. 93). De hecho, parte de lo que exponía estaba inspirado de forma directa en el aparato crítico de la Sacra Biblia Real.¹⁵

El problema central de la obra de Miguel Cabello era el origen de los americanos: ¿Cómo explicar, pues, la existencia de estos pueblos que no habían sido mencionados por la Biblia ni por los grandes pensadores de la Antigüedad? Ese fue el desafío que se propuso responder al iniciar la redacción de su *Miscelánea antártica*. Impregnado por un innegable espíritu religioso, el cura de Camata buscaba demostrar que los habitantes de esta región no solo habían sido creados por un mismo Dios, sino que también compartían una historia

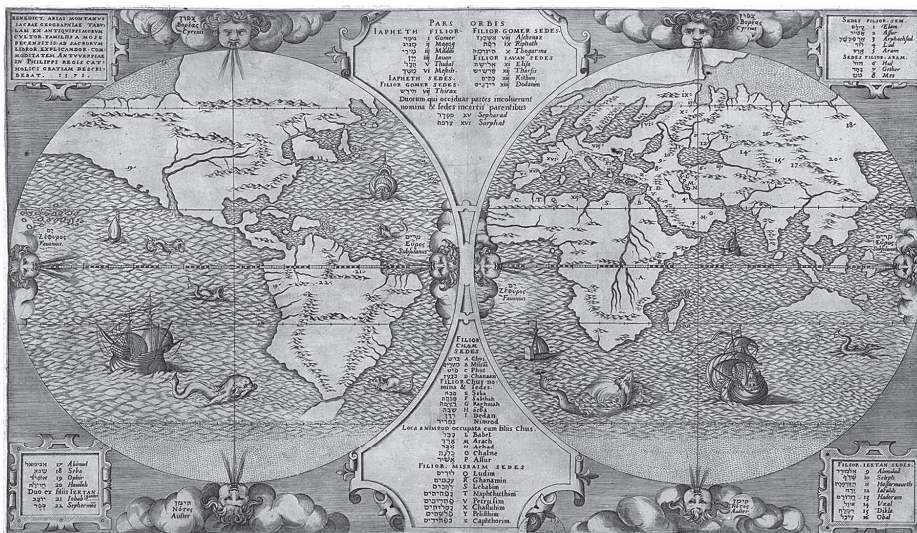
15 Esta Biblia fue encargada por Felipe II y se imprimió en los talleres de Christophe Plantin, en Amberes, entre 1568 y 1572. Cabello dice haber consultado un ejemplar en una biblioteca limeña, aunque no indica su procedencia. De nuevo, resulta asombrosa la rapidez con la que pudo acceder a la documentación y su sensibilidad hacia las novedades que estaban circulando en Europa. La edición se presentaba en ocho volúmenes, de los cuales, los tres últimos eran un “apparatus” en el que Arias Montano se permitía avanzar algunas interpretaciones y relecturas del texto bíblico, en algunos casos, muy controversiales.

común. Con ese fin, echó mano de la tesis ofirita de Arias Montano:

En la Cibdad de los reies el año de [15]82 conferi ansi mesmo esta materia con el mui Ille. Caballero Dr. Don Diego Lopez de Zuñiga, Alcalde de Corte en aquella cibdad y no desagradándole mi opinión en aqueste caso me dio por aviso, que sin ver primero lo que el Dr. Benedicto Arias Montano tratava acerca desta materia, en el primer

volumen de el aparato de la Sacra Biblia Real, no procediese con mis escriptos adelante. Y admitiendo y poniendo por obra este tan sano consejo procuré con instancia ver este paso en el lugar dicho; y habiéndolo hallado, leído y releído entendí clara y abiertamente dar el claríssimo doctor Montano a estos indios el mismo origen que yo les había imaginado y que hacía padre de estos linages a el patriarca Ôphir (Cabello Valboa, 1586/1951, p. 7).

Figura 2
Benito Arias Montano, *Sacrae geographiae tabulam ex antiquissimorum cultor* (1572)



Fuente: Biblioteca Nacional de Francia.

De acuerdo con el hebraísta, la ocupación americana fue el resultado de largas migraciones de una de las tribus perdidas de Israel.¹⁶ Según él, los descendientes de Ofir (hijo de Iectán, tataranieta de Noé) llegaron al continente desconocido y lo poblaron. Esta relación entre el Nuevo y el Viejo Mundo también se tejía a partir de la interpretación de Ofir como un lugar mítico, desde donde el rey Salomón habría llevado tesoros y, en especial, sándalo, oro y piedras preciosas.¹⁷ Ambas interpretaciones se prestaban para asociar Ofir con América desde Colón. Así pues, el descubridor fue el primero en establecer este lazo simbólico en sus diarios y, particularmente, en una carta enviada al Papa Alejandro VI en la que decía que la isla Española: “es Tharsis, es Chetia, es Ophir, Ophaz y Cipanga” (Paniagua, 2013, p. 240). Estos nombres misteriosos atraían y seducían como promesas de riqueza y abundancia. Y, en su interpretación etimológica de Tharsis, Cabello no dudaba en afirmar que era sinónimo de: “contemplación

de gozo” y que también significaba “cierta piedra preciosa” (1586/1951, p. 116), siguiendo la interpretación de varios eclesiásticos que lo habían precedido. En efecto, San Jerónimo ya había postulado esa identificación con el acto contemplativo desde un estudio etimológico, una opinión que perduraría en diversos padres latinos, para quienes: “Tarsis se interpreta exploración de gozo o contemplación” (Moncayo Albán, 1969, p. 130).

Los dos fragmentos bíblicos que más hicieron correr tinta se encontraban en: “el tercero de los *Reyes*, en el capítulo décimo, y en el segundo de *Paralipómenon*, capítulo nueve” (Cabello Valboa, 1586/1951, p. 216).¹⁸ En ambos, se hablaba de lejanos confines, llenos de tesoros, pues: “tenía ya fama la fineza del oro de Ophir y era tanta su estimación y excelencia que era usado su nombre y traído por comparativo de las cosas inestimables” (Cabello Valboa, 1586/1951, p. 216). Esta equivalencia, según Isaías Lerner, era “bien conocid[a] por los judíos y los cristianos” (2003, p. 231). Incluso: “era preocupación de sus tiempos

16 Es posible que se tratara de una teoría anterior a la obra de Arias Montano, por lo que cabría buscar sus orígenes en textos más antiguos.

17 Tiempo después, en 1647, en su *Gazofilacio real*, Gaspar de Escalona Agüero identificaba Potosí como un nuevo Ophir. Franklin Pease menciona esta equivalencia como un lugar común de la época (1999, p. 17).

18 El tercer libro de *Reyes* es considerado el primero en las biblias modernas, mientras que la *Vulgata* incluye los dos libros de *Samuel* bajo esta rúbrica. El *Paralipómenon*, que quiere decir “lo que se ha omitido”, es llamado comúnmente *Crónicas*.

establecer la relación de los habitantes de América con la historia antigua aceptada, es decir, aquella procedente de los textos bíblicos y de la historia conocida del mundo grecolatino, y se discutía entre otras hipótesis el origen judío de la población americana” (Pease, 1999, p. 18).

Sin embargo, la propuesta de Arias Montano convencía por su complejidad y, por supuesto, su publicación dentro del corpus bíblico le otorgaba una legitimidad que Cabello supo aprovechar, como él mismo declaraba en las primeras páginas de su libro. Conociendo el tratado *Phaleg*, el archidónés se apresuró en presentarlo a sus allegados y en transformarlo en el sustento de su razonamiento. Para nuestro autor, se trataba de una certeza que esta: “anchísima y extendida parte de la redondez de la Tierra” (1586/1951, p. 95) era Ophir y que su existencia ya se había manifestado a los antiguos pobladores del mundo, a pesar de la evidente ignorancia de pensadores antiguos como “Solino, Strabon, Pompoliomela [*sic*], Stephano, Platón, Aristóteles”, que: “de esta tierra ni entendieron ni disputaron” (1586/1951, p. 95).¹⁹

19 Estos autores solían ser muy citados en las misceláneas clásicas y constituían una referencia ineludible en temas de historia y geografía, además de ser una fuente de reflexión durante la era de los grandes descubrimientos.

De esta manera, el oro del rey de Jerusalén sólo podía provenir del Nuevo Mundo, un sitio se habría llamado, según Benito Arias Montano, “Parbaím”, término que designaría “dos regiones interpuestas entre dos mares”, en las cuales reconocía al Perú y a la Nueva España (Cabello Valboa, 1586/1951, p. 146).²⁰ En un esfuerzo filológico sorprendente, el hebraísta empleaba una metátesis (*i. e.*, una transposición de los sonidos) que podría tener sus orígenes en la lectura cabalística y, en la nomenclatura que cerraba el *Phaleg*, sostenía que significaba: “por inversión [*metage-sein*], Perú, así también llamada en los tiempos en que fue escrita la historia de los *Paralipomenon*” (citado en Navarro *et al.*, 2007, p. 131).

En ese punto, Cabello se alejaba del: “egregio varón y profundo teólogo” (1586/1951, p. 41) para proponer su propia interpretación que, como afirmó en más de una ocasión, se justificaba no por sus lecturas, sino por su propia experiencia en estas comarcas, llegando a defender que: “de tal nombre no tuvieron noticia los naturales”.

Incluso así, personalidades tan relevantes para la época, como Alonso López, el Pinciano (1475-1553), comenzaron a cuestionarlos.

20 Dentro de esta “geografía sacra”, Arias Montano también se proponía identificar la cordillera de los Andes que, según él, aparecía con el nombre de monte Sepher en la Biblia (Lerner, 2010, p. 147).

Es más, para él, durante la primera etapa de la Conquista, la palabra se transformó en una suerte de espejismo que persiguieron los grandes exploradores del Darién, Francisco Pizarro y Diego de Almagro, y que: “debajo de este nombre Pirú se pretendió y se siguió y se comenzó y se prosiguió” (1586/1951, p. 147) el avance español.

Como lo ha apuntado Paul Firbas, este era: “un tropo del discurso colonial, un uso particular del lenguaje dentro de los géneros discursivos propios de la empresa de expansión, conquista y colonización” (2004, p. 274). Por ende, detrás de las lecturas bíblicas, que jugaban con la patristica y con la exégesis, se encontraba también una voluntad que justificaba la marcha de los conquistadores y que, en cierta forma, les servía como aliciente. De ahí que Cabello, con su característica complejidad, haya dudado de algunas interpretaciones de la época y que él mismo admitiese que se trataba de una: “materia [...] obscura, confusa y dificultosa” (Cabello Valboa, 1586/1951, p. 9). Pero, junto a ese desafío intelectual, se encontraban estrategias de ocupación del espacio que eran muy reales y tangibles, y que, para concretarse, necesitaban del auxilio de disciplinas emergentes como la cartografía y de ciencias antiguas como la cosmografía.

3. Soñando con Escipión: Una cosmografía clásica para el Nuevo Mundo

El proyecto de la *Miscelánea antártica* era el de una “escritura del universo”, si es que tomamos el término de “cosmografía” en su sentido estricto. Como lo recuerda Paul Firbas, estos textos tenían la pretensión de: “ordenar el espacio y darle sentido en un relato mayor” (2004, p. 278). Aunque, para el pensamiento renacentista, la imagen del globo terráqueo se estaba transformado vertiginosamente, las interpretaciones aristotélicas vertidas en los *Meteorológicos* continuaron subsistiendo hasta el siglo XVIII –por lo menos en los textos literarios–. Así lo ha demostrado Andrés Eichmann (1999, 2011) para el caso de Charcas, en particular con *El coloquio de los once cielos*, una curiosa pieza de teatro breve conservada en el monasterio de Santa Teresa, en Potosí (2003).

El mundo heredado de la Antigüedad clásica estaba organizando según un modelo que buscaba ordenar los fenómenos naturales, al mismo tiempo que los insertaba dentro de una reflexión filosófica y estética, que podría explicar su larga posteridad. Esta estructura, particularmente intrincada, estaba construida a partir

Figura 3
Pedro Apiano. Esferas astronómicas móviles



Fuente: Apiano (1575)

de esferas concéntricas que tenían en su centro a una Tierra (Figura 3), compuesta por:²¹

cinco regiones; de estas, las dos habitables están comunicadas entre sí, separadas por la central, tórrida, y acaban cada una en otra inhabitable, los polos fríos. La tierra, contra lo que se podría suponer, constituye el suburbio del cosmos, y junto con la región del aire que la cubre forma el mundo de lo contingente e inestable (Eichmann, 2003, p. 198).

El fuego separaba esta región subluar de las esferas superiores, donde se situaban los planetas, regidos por una armonía celeste que se traducía en música.²² Esta *imago mundi* también tenía sus raíces en un conocido fragmento de Cicerón titulado *El sueño de Escipión*. Este texto, considerado como un elemento fundacional de la

cosmografía, formaba parte de *De re pública* (escrita entre el 51 y el 57 a. C.) y siempre fue considerado como un elemento casi independiente del resto de la obra, que permaneció inédita en su totalidad hasta el XIX. Durante los siglos XVI y XVII, gozó de mucho prestigio y fue objeto de varias traducciones, llegando a inspirar, en parte, el famoso episodio en el que don Quijote y su escudero emprenden vuelo por las regiones supralunares (segunda parte, capítulo 41).

En este entendido, Cabello retomaba e incluso se daba la licencia de corregir esos conocimientos, reactualizados por los “diligentísimos geógrafos” de su tiempo como Pedro Apiano y, luego, Gemma Frisius.²³ Después de narrar la creación del mundo y de haber avanzado varias teorías al respecto, nuestro autor introducía los conceptos cosmográficos que guiarían todo su trabajo, partiendo, evidentemente, de la forma del universo: “una redondez perfectísima” (1586/1951, p. 34) que se insertaba

21 En la versión del Estagirita, estas sumaban más de 50, mientras que, en otras más imbuidas por la escuela platónica, podían ser unas 20, como para Eudoxio de Cnido (González Treviño, 2003, p. 83). En el *Timeo* y en el *Sueño de Escipión* son aún menos.

22 En *El sueño de Escipión*, el protagonista explica el fenómeno en estas palabras: “Esa armonía [...], formada por intervalos desiguales, pero proporcionados con extraordinaria perfección, resulta del impulso y movimiento de las esferas” (Cicerón, 1981, p. 76). Por supuesto, estas visiones tenían una fuerte influencia pitagórica que atraería el interés de magos florentinos como Marsilio Ficino y Pico della Mirandola (Yates, 1983).

23 En su edición de 1575 de la *Cosmographia*, Gemma Frisius incluye novedades del recién descubierto continente americano, directamente sacadas de la *Historia de las Indias* (1552) de Francisco López de Gómara. Este libro constituyó una introducción básica al conocimiento americano, a pesar de que su autor nunca hubiera pisado el continente. Al respecto, véase Pease (1999, pp. 19-20).

dentro de una visión matemática y, sobre todo, geométrica.²⁴ En sus primeros capítulos, el cura de Camata diseñaba el espacio como una esfera armilar, compuesta por: “climas, meridianos, círculos y paralelos” que “repartieron y numeraron los cosmógrafos antiguos” (1586/1951, p. 35). Este gesto inicial le permitía dividir y racionalizar la Tierra conocida a través de una especie de cuadrícula, tal como lo hiciera Ptolomeo en los primeros capítulos del cuarto libro de su *Cosmographia*, en los cuales se inspiró directamente (Lerner en Cabello Valboa, 1586/2011, p. 54, nota 9).²⁵ Esta deuda era por demás significativa, ya que el Alejandrino: “legó a los geógrafos modernos mucho más que una representación ordenada del mundo antiguo. También les proporcionó una teoría de la fabricación de la representación de antiguos y nuevos mundos, es decir, un conjunto de conceptos, un lenguaje [y] principios metódicos y técnicos” (Besse, 2003, p. 30, traducción propia). Y,

efectivamente, todo este bagaje cultural le servía a Cabello para poder poner su “demostración [...] en plano”, como él mismo decía.

Pero, en paralelo a esta operación intelectual, el autor se remitía a la tradición judeocristiana de la cual provenía, pues no olvidemos que, en última instancia, Miguel Cabello era un clérigo secular que se encontraba en los confines americanos con el objetivo de cumplir una misión evangelizadora. Estas reflexiones acerca de la forma de la Tierra y del lugar que ocupaba el hombre en ella vinieron a ser conocidas como: “meditaciones cosmográficas”. Con este título, Gerhard Mercator bautizó la obra de su vida: *Atlas o meditaciones cosmográficas sobre la creación del universo y el universo en tanto creación*, cuyos mapas comenzó a elaborar en 1578, pero que se publicó póstumamente recién en 1595. De esta manera, estas representaciones de la Tierra se transformaban en un instrumento ideal del “humanismo cristiano del Renacimiento” (Besse, 2003, p. 162) y le permitían al observador conectarse con lo divino mediante la contemplación del mundo, como lo sostuvieron otros grandes exploradores del momento como Richard Hakluyt.²⁶ Para Cabe-

24 Insiste en esta figura perfecta en varias ocasiones: “solo se entiende y entenderemos por mundo esta rotundidad”, “perfectísimo globo esférico”, “la redondez de la Tierra”, “redondez de el mundo”, etc.

25 “Para mayor entendimiento y menos confusión de lo que se ha de escribir [...], me parece será asertado [*sic*] lo dividamos y describamos según y como lo hacen los más vigilantes geógrafos” (Cabello Valboa, 1586/1951, p. 52).

26 Es famosa la anécdota de su iniciación a la cosmografía en la que narra cómo, para él,

llo, no existían dudas, puesto que todo lo que se manifestaba a su vista era una expresión de la divinidad.

La imaginación cosmográfica de este período también estaba muy imbuida del platonismo y, especialmente, del *Timeo* (360 a. C), que influenció a varios cronistas de Indias como Agustín de Zárate (Pease, 1999, p. 25).²⁷ Según Platón, el microcosmos y el macrocosmos eran dos entidades conectadas, un reflejo de la otra; un lazo que, a los ojos del cura de Camata, se traducían en los siguientes términos:

el hombre que en el sexto día crió [Dios] a su imagen y semejanza, en quien epilogando todo lo criado, *hizo un mapamundi*, tan cabal y distinto, que con mediano conocimiento coligirán de él la parte que tiene de el cielo y la que le cupo a la tierra (Cabello Valboa, 1586/1951, p. 30, énfasis propio).

Esta relación se confirma más de una vez en la *Miscelánea antártica*, pero cobra un significado particular en el capítulo 19 de la segunda parte, que también sirve como introducción a

la historia del Nuevo Mundo que desplegará en la tercera y última sección del libro. En estos umbrales, el autor proponía a su lector una imagen inquietante y misteriosa de América, convertida en un monstruoso gigante, recostado y decapitado. Su columna vertebral sería la cordillera de los Andes, mientras que su cabeza, separada, se encontraría en el extremo sur, pasando el Estrecho de Magallanes. La elección de la imagen no debía de asombrar, puesto que, desde su arribo a las costas americanas, los europeos buscaron criaturas maravillosas, salidas de relatos como *Los viajes de Jean de Mandeville* (ca. 1357).²⁸

Sin embargo, bajo la pluma del archidónés, el tropo se tornaba más complejo, pues esta súbita aparición: “apela[ba] al cuerpo, a la anatomía, a la astrología, a la mitología y a la cartografía” (Rose, 2009, p. 157) y, en este símil, la teratología se mezclaba con la realidad física del continente, al mismo tiempo que enfatizaba su grandeza y su delicado equilibrio geopolítico. La mención al Estrecho de Magallanes insertaba la descripción dentro de las iniciativas de reconocimiento y conquista del territorio, en un momento en el que las costas

solo existía un paso del mapa a la Biblia: “*From the mappe, he brought me to the bible*” (citado en Lestringant, 1994, p. 17).

27 Sobre otros aspectos de la influencia platónica, se puede consultar Tord (1999).

28 Al respecto, se puede consultar Pease (1999, p. 19-22) y Soto Velasco (2019).

Figura 4

Portada del *Atlas sive Cosmographicae meditationes de fabrica mundi et fabricati figura* (1595)



Fuente: Mercator (1595).

estaban amenazadas por la piratería inglesa. Durante sus estadias en la capital del virreinato y en la provincia de Esmeraldas (Real Audiencia de Quito), Miguel Cabello Valboa había visto de cerca estas presencias extranjeras y era plenamente consciente del peligro que representaba, por ejemplo, un Francis Drake, cuya flota surcaba el Pacífico los mismos años en los que nuestro protagonista redactaba su libro (1579).

Asimismo, la imagen del gigante (Figura 4) volvía a aparecer en las páginas de la *Miscelánea*, esta vez, bajo los ropajes de un Atlante grecorromano. Esta figura condensaba la disciplina cosmográfica y, en el libro, era presentado como un personaje real que adquiriría los rasgos de un rey sabio e inclinado a la contemplación del cielo, pues, según el archidónés: “fue el hombre primero que conoció el curso y discurso de el sol y el que disputó de la sphaera y de la luna y estrellas fijas y móviles” (1586/1951, p. 173).²⁹ Emparentando, en cierta medida, con un Prometeo civilizador y científico, sobre sus hombros

reposaba no solo el mundo, sino también su historia y su geografía. Por eso, no resultaba desconcertante que, en el mismo momento, pero cruzando el océano, Mercator decidiera abrir su compendio de mapas con la imagen de este ser mítico que también le daría nombre a un nuevo género libresco: los atlas (Figura 4). De esta forma, uno de los personajes que había poblado los bestiarios medievales se convertía en un símbolo de la emergencia de una nueva especialidad científica y, bajo su tutela, se inauguraba la edad de oro de la cartografía.

Conclusiones

En un texto fundamental, Franklin Pease (1999) ahondaba en las influencias que recibieron los cronistas de Indias, haciendo hincapié en el vasto acervo grecorromano que les sirvió para describir sus experiencias en un continente “imprevisto e imprevisible”, como diría Edmundo O’Gorman. Las “discusiones eruditas, científicas o teológicas” que dieron forma al Renacimiento se mezclaban con la literatura y los saberes populares, para dar lugar a una forma diferente de pensar el mundo.

Muchos se adentraron en la inmensidad de un continente desconocido bajo la promesa de riqueza, como

29 Este procedimiento era una clara manifestación del evemerismo tan en boga en la época y que consistía en dotar de características humanas (e históricas) a los seres mitológicos. La estrategia fue usada por escritores tan diversos y relevantes como Giovanni Boccaccio o Juan Pérez de Moya.

también fueron numerosos los que se aventuraron a tomar la pluma y narrar sus hazañas. Sin embargo, la obra de Miguel Cabello Valboa destaca por su originalidad. Redactada en un momento clave, muchas veces fue considerada como una “crónica pretoledana” (Esteve Barba) o como una “crónica de raigambre indígena” (Larraín Barros). Lo cierto es que condensaba un inmenso saber humanista, erudito y abierto a la experiencia sensible. A diferencia de varios de sus contemporáneos, nuestro autor fue crítico ante el poder central. También supo comunicarse exitosamente con los habitantes de este lado del mundo, una habilidad que le hizo ganar alguna fama y que lo llevó a transitar los puntos más alejados del imperio español en América.

A pesar de su posición marginal, Cabello pudo situarse en lugares estratégicos que hicieron de él un testigo privilegiado de su tiempo. Desde su experiencia con los mulatos esmeraldeños hasta sus interacciones con los chunchos,³⁰ este

archidónés fue un curioso de primer orden, como él mismo estaba dispuesto a confesar.³¹ Y su arribo al Nuevo Mundo estuvo motivado por una clara voluntad de conocimiento, sazónada, además, con un impresionante conocimiento tanto de los Antiguos como de los Modernos. Eso lo distinguió de otros autores de su época, a tal punto que Alberto Tauro lo retrató como un “renacencista a quien la acción permitió conciliar la fe dogmática y las afinidades humanísticas” (1948, p. 17). Estas líneas son un primer acercamiento a un pensamiento vasto y elaborado que merece una mayor atención a sus detalles y a sus propuestas, y una invitación a la lectura de un texto que ha sido muy poco transitado por los especialistas.

Bibliografía

Apiano, P. (1575). *La Cosmographia de Pedro Apiano, corregida y añadida por Gemma Frisio, médico y mathematico*. Imprenta de Juan Bellero al Águila de Oro.

30 Además, por la lista de textos de su autoría que aparecía en el “Discurso en loor de la poesía”, es posible que también haya residido en Moxos, pues la anónima mencionaba una “entrada de los Mojos milagrosa”. En efecto, conocía muy bien “las espaldas del Cuzco” y, en una carta dirigida al virrey marqués de Cañete en 1594, se

refería a los guarayos y a un “nuevo Paytiti” al que también aludía en el *Orden y traza*.

31 Sobre la población de esta provincia nos ha quedado el famoso cuadro *Los tres mulatos de Esmeraldas* (1599), resguardado en el Museo de América (Madrid). Miguel Cabello estuvo en la zona alrededor de 1577.

- Aristóteles (1998). *Traité du ciel, suivi du traité pseudoaristotélicien du monde*. Librairie philosophique J. Vrin.
- Besse, J.M. (2003). *Les grandeurs de la Terre. Aspects du savoir géographique à la Renaissance*. ENS Éditions.
- Cabello Valboa, M. (1586/2011). *Miscelánea antártica*. Isaías Lerner (ed.). Fundación José Manuel Lara.
- Cabello Valboa, M. (1586/1951). *Miscelánea antártica. Una historia del Perú antiguo*. Luis E. Valcárcel (ed.). Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Cabello Valboa, M. (1945). *Obras*. Editorial Ecuatoriana.
- Cicerón, M. T. (1981). *Tratado de la República*. Ciudad de México: Porrúa.
- Chang-Rodríguez, R. (1976). Una epístola inédita de Pedro de Carvajal, poeta de la Academia Antártica. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 2, 3, pp. 85-91.
- Eichmann, A. (1999). Reminiscencias clásicas en la lírica de la Real Audiencia de Charcas. *Classica Boliviana*, 1, pp. 187-210.
- Eichmann, A. (2003). El coloquio de los once cielos. Una obra de teatro breve del monasterio de Santa Teresa (Potosí). *Historia y cultura*, 11, pp. 95-132.
- Eichmann, A. (2011). Evocaciones celestes en el *Cancionero mariano de Charcas. Entre cielos e infiernos. Memoria del V Encuentro Internacional sobre Barroco*. Fundación Visión Cultural, Universidad de Navarra, pp. 331-336.
- Eichmann, A. (2015). Dos expediciones y un volumen manuscrito. El libro de 'baptismos, entierros, casamientos y sacristía' de San Juan de Sahagún de Mojos (1792-1934). *Historia y Cultura*, 38-39, pp. 189-202.
- Firbas, P. (2001). Introducción. En Juan de Miramontes Zuázola, *Armas antárticas*. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 15-155.
- Firbas, P. (2004). La geografía antártica y el nombre del Perú. En Karl Kohut y Sonia Rose (eds.), *La formación de la cultura virreinal II. El siglo XVII*. Iberoamericana, Vervuert, pp. 265-287.
- Firbas, P. (2013). Las fronteras de la *Miscelánea antártica*: Miguel Cabello Balboa entre la tierra de Esmeraldas y los chunchos. En Álvaro Baraibar et al. (eds.), *Hombrés de a pie y de a caballo (conquistadores, cronistas, misioneros en la América colonial de los siglos XVI y XVII)*. Instituto de Estudios Auri-seculares, pp. 77-95.
- García, M. del R. (2015). Bibliotecas de la Nueva Granada del siglo XVII: La biblioteca de Fray Cristóbal de Torres en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. *Historia y Memoria*, 11, pp. 17-55.

- García Jurado, F. (2012). Aulo Gelio y la literatura española del siglo XVI: Autor, texto, comentario y relectura moderna. *Revista de Literatura*, 147, pp. 31-64.
- Girard, R. (2018). Innovación y repetición. *Revista de Filosofía Open Insight*, 9, 17, pp. 161-179.
- Glave, L. M. (2023). Los desamores de doña Francisca de Briviesca. De menina de la reina a encomendera de La Paz. *Narraciones históricas andinas*, 3.
- González Treviño, A. M. (2003). Armonía de papel. La tradición clásica de la música de las esferas en el Renacimiento. *Anuario de Letras Modernas*, 11, pp. 81-103.
- Lerner, I. (2003). Las misceláneas renacentistas y el mundo colonial americano. *Lexis*, 27, 1-2, pp. 217-232.
- Lerner, I. (2005). Saberes viajeros: Las misceláneas y el Nuevo Mundo". En Juan José Alonso Perandones, Juan Matas Caballero, José Manuel Trabado Cabado (coords.), *La maravilla escrita, Antonio de Torquemada y el Siglo de Oro*. Universidad de León, pp. 15-32.
- Lerner, I. (2010). La *Miscelánea antártica* y el origen de los pueblos del continente americano. *Edad de Oro*, 29, pp. 137-148.
- Lestringant, F. (1997). *L'Atelier du cosmographe ou l'image du monde à la Renaissance*. Albin Michel.
- Lestringant, F. (1994). *Mapping the Renaissance World: The Geographical Imagination in the Age of Discovery*. University of California Press.
- Lopes de Carvalho, F. A. (2020). Bíblia e império. A *Miscelânea antártica* (1586) de Miguel Cabello Valboa e a teoria ofírica sobre a origem dos ameríndios. *História*, 39, pp. 1-36.
- Mercator, G. (1595). *Atlas sive Cosmographicae meditationes de fabrica mundi et fabricati figura*. Dvisbvrgr Clivorvm.
- Mexia, P. (1540/1989). *Silva de varia lección*. Ediciones Cátedra.
- Moncayo Albán, C. (1969). Tarsis en los santos padres y escritores eclesiásticos grecolatinos. *Estudios Bíblicos*, 28, 1-2, pp. 117-141.
- Navarro, F. et al. (2007). Las fronteras del humanismo: Arias Montano y el Nuevo Mundo. *Orbis incognitis. Avisos y legajos del Nuevo Mundo*. Asociación Española de Americanistas, pp. 101-136.
- Paniagua, J. (2013). Arias Montano, su teoría de Ophir y los cronistas de Indias. En A. Castro Santamaría y J. García Nistal (coords.), *La impronta humanística (ss. XV-XVIII): Saberes, visiones e interpretaciones*. Officina di Studi Medievali, pp. 239-250.
- Porrás Barrenechea, R. (1940). Un inédito de Cabello Balboa. *Revista de Indias*, 1, 1, pp. 194.

- Pease, F. (1999). Temas clásicos en las crónicas peruanas de los siglos XVI-XVII. En Theodoro Hampe (comp.), *La tradición clásica en el Perú virreinal*. Sociedad Peruana de Estudios Clásicos, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, pp. 17-34.
- Rose, S. (2001). Varietas indiana: Le cas de la Miscelánea antártica de Miguel Cabello Valboa. *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, 30, 3, pp. 413-425
- Rose, S. (2009). El mapa dibujado y el mapa escrito: América en la *Miscelánea antártica* de Miguel Cabello Balboa. En Alicia Mayer (coord.), *América en la cartografía. A 500 años del mapa de Martin Waldseemüller. 1507-2007*. Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 157-187.
- Saignes, T. (2014). *Los Andes orientales: Historia de un olvido*. Instituto Francés de Estudios Andinos.
- Soto Velasco, K. (2019). Un jardín de flores curiosas en las Indias: Algunos métodos de conocimiento en la *Miscelánea antártica* (1586) de Miguel Cabello Valboa. *Entre Caníbales*, 3, 11, pp. 93-116.
- Tauro, A. (1948). *Esquividad y gloria de la Academia Antártica*. Huascarán.
- Tord, L. E. (1999). Platón, la Atlántida y los cronistas de Indias. En Theodoro Hampe (comp.), *La tradición clásica en el Perú virreinal*. Sociedad Peruana de Estudios Clásicos, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, pp. 35-46.
- Torres, B. de (1657). *Crónica de la provincia peruana del orden de los ermitaños de San Agustín*. Imprenta de Julián Santos Saldaña.
- Valcárcel, L. E. (1951). "Vida de Miguel Cabello Valboa". En Miguel Cabello Valboa, *Miscelánea antártica. Una historia del Perú antiguo*. Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Valenzuela Matus, C. (2018). *Clásicos y naturalistas jesuitas. Los antiguos en la interpretación de la naturaleza americana (siglos XVII y XVIII)*. Rubeo.
- Yates, F. (1983). *Giordano Bruno y la tradición hermética. Una interpretación clásica del mundo renacentista siguiendo las huellas del hermetismo y de la cábala*. Ariel.